

229. San Vicente Ferrer

Si leemos la Vida de San Vicente Ferrer nos imaginamos estar con una novela en nuestras manos. Resulta simpática la imagen de aquel predicador que arrastraba las multitudes, hacía unas profecías inimaginables y realizaba milagros portentosos, en aquel siglo catorce y principios del quince, tiempos tan calamitosos para la Iglesia.

Muchos de sus milagros no son historia, sino leyenda inventada en torno a la figura de Vicente. El que sí es cierto es aquel, el más importante de todos, que no lo realizó Dios por Vicente sobre otra persona, sino que fue Dios mismo el que apareciéndose a Vicente, gravemente enfermo en Aviñón, la corte de los Papas en Francia, le dijo imperativo:

- *¡Vicente! Levántate y vete a predicar.*

Vicente se cura al instante, deja al Papa, abandona cátedras y honores curiales, y se lanza por toda Francia, España, Italia, Holanda, Irlanda, Suiza, a predicar el Evangelio.

Y, entre sus profecías, está una muy simpática. Cuando ve a aquella mujer entre las gentes que le siguen, les pide a todos un favor:

- *Déjenle, déjenle pasar, que ésa es la madre del Papa que me va a canonizar.*

Lo más probable es que Vicente no hiciera la profecía en este tono y con esta informalidad, aunque así se contaba, sino que se la hizo personalmente al interesado. El caso es que sí, que Calixto III será el Papa que pondrá a Vicente en los altares.

Vicente había nacido en Valencia el año 1350. Corrían días muy difíciles. El joven Vicente pide ingresar en el convento de los Dominicos de su ciudad natal, y entra en la Orden cuando ésta se hallaba extremadamente desolada en el reino de Aragón. Era muy triste. De los seiscientos cuarenta miembros que eran hacía poco, sólo quedaban 130, ya que la muerte les acababa de arrebatarse quinientos diez religiosos con la peste que se había echado encima... Eran muchos los que se habían ido al Cielo, y Dios les regalaba en compensación esta vocación que les iba a dar tanta gloria.

Lo más triste de aquellos días era la división en que había caído la Iglesia por causa del Pontificado. Todos obraban rectamente, pero por culpa de un antipapa nadie sabía quién era el Papa verdadero. Vicente se inclina por Benedicto XIII que lo ha ganado para su causa. Y Vicente es fiel del todo a quien cree que es el Papa. Éste se lo lleva consigo, y a Vicente se le abren las puertas de esperanzas puramente terrenas. Las desdeña todas. Hijo fiel de Santo Domingo, no busca más que la predicación de la verdad para la salvación de las almas. Es ahora cuando cae enfermo y Dios le cura milagrosamente. Muy a regañadientes, el presunto Papa le deja marchar y le da su bendición paternal.

Muy preparado en Teología y Sagrada Escritura, dotado de una imaginación brillante y de unas formas oratorias excepcionales, Vicente arrasa por donde pasa. Arrasa con las devociones falsas, entonces muy en boga. Arrasa con las supersticiones, a las que se daban los pueblos. Arrasa con los vicios que infectaban a una sociedad en declive religioso lamentable. Arrasa con la predicación fatua a que se daban muchos oradores, que no hacían ningún bien y causaban mucho mal. Su razonamiento era contundente: *¿Cuál ha sido la última voluntad de Cristo? ¿No encargó: Id y anunciad el Evangelio? ¿Por qué entonces no hacen sino predicar a poetas? ¿Por qué no hacen sino enredar a todos con disertaciones de clases, y que ninguno entiende?...*

Y así como ataca el abuso, hace buen uso de la Palabra de Dios. Vicente atruena cuando repite las palabras convocatorias al Juicio final. Siempre lleno de Dios, al que consagra muchas horas de oración, a veces cierra los ojos mientras predica a multitudes inmensas en las plazas, porque no caben nunca en la iglesia; se queda en éxtasis; al auditorio se le corta la respiración; y mientras Vicente permanece mudo contemplando el cielo, la gente no sabe más que decir: *¡Misericordia! ¡Perdón!...* Por eso las conversiones están a la orden del día.

Entre los muchos que le siguen, van los hombres armados de recios látigos. Cuando están en el descampado, se retiran del resto de la gente, se desnudan las espaldas y empiezan a azotarse despiadadamente en penitencia de sus pecados.

Los milagros le salen de la mano continuos. Un testigo de Lyon declaraba después de la predicación de Vicente: *-Fray Vicente Ferrer acaba de pasar por aquí. Después del sermón, lleno de fervor y santidad, visita a los enfermos, ruega a Dios por ellos, les impone las manos y los cura a todos.*

Vicente tiene motivos para gloriarse, pero la vanidad es una tentación en que no cae nunca. Ve la gracia de Dios, y todo se lo atribuye a ella, sobre la cual tiene una hermosa comparación: *Todo esto se debe a la Palabra divina. Lo que hacen es un homenaje a la luz, no a mí, que no soy más que la pobre lámpara que la contiene.*

Y hablando de sí mismo es terriblemente fuerte: *Toda mi vida es podredumbre y estiércol. Mi cuerpo, mi alma y todo lo que hay en mí está feo y asqueroso a causa de mis miserias y pecados. Y lo peor, ¡desgraciado de mí!, es que cada día se aumenta este mi hedor, que ni yo mismo puedo soportar.*

Con predicador tan humilde, Dios pudo hacer lo que quiso, pues no le robaba un gramo de gloria.

En veinte años de predicación semejante por media Europa y con los medios de locomoción de entonces, aquel organismo no resistió más.

Como apóstol genuino, le tocó entregar su alma a Dios lejos de su patria la tierra española, y murió en la Bretaña francesa. Todo un titán de la causa de Dios.